

LA EVALUACION DE LA ENSEÑANZA POR LA OPINION DE LOS ALUMNOS

HORACIO GOMEZ JUNCO*

INTRODUCCION

La universidad contemporánea en los países en desarrollo, particularmente en los que tienen un alto índice de incremento demográfico y por ende una explosión en la demanda de educación, ha tenido como primordial preocupación atender esa mayor demanda; en segundo plano ha quedado el problema de ofrecer una educación de calidad siempre creciente. Es decir, lo primero ha sido ser y luego cómo ser. Aunque no podemos decir todavía que el problema de la demanda ha sido ya resuelto, vemos cómo, gracias a la ayuda del estado, las universidades cuentan ya con fondos que les permiten ofrecer cada vez una mejor educación.

Hay la tendencia de evaluar la calidad de la educación en función de variables que sólo muy indirectamente tienen relación con esa calidad, tales como el monto del presupuesto, el número de edificios, las partidas para laboratorios, el número de profesores de dedicación exclusiva, etc. No se ha intentado, a nuestro juicio, ir al meollo del asunto, evaluando (o por lo menos tratando de evaluar) más de cerca el proceso de enseñanza aprendizaje.

Creemos que es pertinente que las universidades que han superado la etapa en que se labora abajo del nivel de subsistencia, empiecen a preocuparse por establecer un verdadero sistema de evaluación de la enseñanza.

LA EVALUACION DE LAS TRES AVENIDAS DEL QUEHACER UNIVERSITARIO

Es reconocido por la generalidad de los educadores que las funciones de la universidad son: la enseñanza o más bien el aprendizaje de sus alumnos), el desarrollo de la investigación y las labores de extensión. En las universidades, aún en las más prestigiadas, el peso de la labor de enseñanza es mucho mayor que el de las otras dos funciones; más aún, nosotros sostenemos que tanto la investigación como la extensión se justifican en la universidad porque mediante ellas se fortalece, se mejora y se perpetúa la función primaria de la universidad, que es la enseñanza (aprendizaje).** Evaluar la labor de enseñanza, deberá ser, por lo tanto, una preocupación fundamental de la universidad si a ésta le interesa conocer cómo está cumpliendo su cometido.

La evaluación de la labor de investigación es difícil y no se ha intentado generalizarla. (En el mejor de los casos, la investigación sistematizada se ha evaluado tomando en cuenta la cantidad de proyectos y de publicaciones pero no su calidad, ya que se carece de criterios para medir esta última.)

Tampoco ha sido costumbre, hasta ahora, evaluar sistemáticamente las labores de extensión de los maestros universitarios que participan en esta actividad.

Si se cumpliera el postulado (que no se cumple) de que la investigación y la extensión son apoyos de la enseñanza, al medir la eficacia de ésta, estaríamos indirectamente evaluando aquellos elementos de la investigación y de la extensión que intervienen en la enseñanza. Otros aspectos -de la investigación y de la extensión- evidentemente no podrán ser evaluados por medio de la enseñanza.

*Vicerrector Académico. Area de Enseñanza Profesional y de Graduados. Instituto Tecnológico y de Estudios Superiores de Monterrey.

**Ver La investigación en la universidad contemporánea, del mismo autor. Revista de la Educación Superior, ANUIES, México, Vol. IV, No 3, 1975, pp. 38-54.

EL PROCESO ENSEÑANZA-APRENDIZAJE Y SU EVALUACION

Hemos establecido que la función primaria de la universidad es la enseñanza, pero nuestro punto de vista es que en realidad esa función primaria es la de lograr el aprendizaje en los alumnos. Los educadores hablan del proceso enseñanza- aprendizaje como de una sola entidad. Este proceso se cumple plenamente cuando los medios externos -enseñanza- conducen a cambios internos -aprendizaje- en los alumnos. Si pudiéramos medir el aprendizaje, estaríamos supuestamente midiendo la eficacia de la enseñanza.

Otra manera de evaluar el proceso es a través de las acciones del maestro que faciliten o estimulen el aprendizaje. Es por esto que, en términos actuales, se califica como buen maestro al que es un buen facilitador del aprendizaje.

Mucho se está haciendo por sensibilizar a la comunidad universitaria para que se interese en conocer más del proceso enseñanza-aprendizaje y de las variables que intervienen en él; no es el propósito de este escrito ahondar en este problema, por lo que nos limitaremos a analizar lo que se ha estado haciendo en relación con la evaluación del proceso.

PROPOSITOS DE LA EVALUACION DE LA ENSEÑANZA

La evaluación de la enseñanza a través de quienes la administran (los maestros) no se realiza como un ejercicio de curiosidad intelectual, sino que obedece a propósitos más trascendentales: el mejoramiento de la enseñanza y el asegurar que la institución conserve un nivel académico que la identifique en la sociedad a la que sirve.

Estos propósitos no son nada fáciles de lograr, ya que es muy probable que haya diferencias de opiniones -en ocasiones hasta con puntos de vista opuestos- en lo que concierne a lo que cada institución (y dentro de ella sus componentes) considera una buena enseñanza. El proceso se complica porque en la mayoría de las universidades no se cuenta con lineamientos claros y precisos respecto a sus funciones, a sus objetivos y al modo de lograrlos. Si las metas y objetivos se amplían, o si aumentan en su complejidad, variará el criterio de lo que se entiende por buena enseñanza. Por ejemplo, si una institución enfatiza el desarrollo de la capacidad de análisis y de raciocinio en sus alumnos, no podrá considerar como aceptable y mucho menos como buena, una educación cargada de memorización, que podría ser calificada de excelente en otro contexto. Así pues, la evaluación de la enseñanza servirá para verificar si se cumplen los criterios aceptados por la comunidad académica respecto al sello o característica de la institución y por lo tanto respecto a las características que sus graduados posean al dejar las aulas universitarias. De esta manera la evaluación de la enseñanza incide en el proceso educativo, ya sea para esclarecerlo o para mejorarlo.

QUIENES USAN LOS RESULTADOS DE LA EVALUACION DE LA ENSEÑANZA Y CON QUE FINES

Las instituciones que aplican sistemáticamente la evaluación de la enseñanza han canalizado tradicionalmente los resultados a tres grupos de personas que los utilizan para distintos fines. Estos grupos son: los alumnos, los maestros y los directores.

Los alumnos utilizan los resultados de la evaluación de los maestros (cuando se publican, lo cual rara vez se hace si la evaluación es efectuada por la propia institución) para seleccionar los mejores en los cursos subsecuentes. Aún sin existir una evaluación formal y sistemática, los alumnos pasan de boca en boca su opinión respecto a los profesores, proceso generalizado en cualquier institución, exista o no una evaluación formal de la enseñanza.

Los profesores utilizan -o más bien deben utilizar- los resultados de la evaluación para mejorar sus cursos, para rediseñarlos: para perfeccionar su enseñanza y ser así más profesionales como maestros; los resultados pueden servir de estímulo a los profesores para cambiar su comportamiento y poder lograr el dominio del

arte de enseñar. En términos generales este proceso de mejoramiento es largo y en ocasiones hasta doloroso: se inicia cuando el profesor sabe en dónde está (cómo lo evalúan los alumnos) y puede lograrse si el profesor sabe a dónde quiere ir y está dispuesto a emprender el camino. No basta saber la opinión de los alumnos y desear mejorarse para lograrlo; se requiere además el conocimiento de cómo obtener lo que se persigue. El mejorar no es una meta fácil de alcanzar si no se cuenta con la ayuda de personal cuya función sea precisamente proveer ayuda al profesor a mejorarse en el aspecto pedagógico.

Los directores o administradores universitarios utilizan los resultados de la evaluación de la enseñanza como uno de los elementos a considerar en la toma de decisiones relativas a la selección de los profesores, a su contratación definitiva, a la creación de programas para mejorar su calidad, a la definición de salarios y al establecimiento del rango académico de los profesores. Todas estas decisiones van encaminadas a lograr el objetivo primario de la evaluación: el mejoramiento de la enseñanza.

LA EVALUACION DEL MAESTRO EN EL SALON DE CLASES

Para evaluar la labor del maestro en lo que concierne a la enseñanza, deben tomarse en cuenta varios factores, pero creemos que uno de los más significativos es la actuación del profesor en el salón de clase. La evaluación de este comportamiento se ha hecho a través de los medios siguientes: a) opinión sistemática de los alumnos; b) opinión sistemática de los profesores colegas; c) opinión informal de alumnos y profesores; d) opinión de los directores; e) autoevaluación.

a) Opinión sistemática de los alumnos

Los alumnos constituyen el conjunto lógico y natural para obtener una evaluación sistemática del profesor mediante encuestas; es a los alumnos a quienes el profesor enseña y para ellos está diseñado (o debe estar) el curso. El contacto frecuente y periódico entre el profesor y sus alumnos ponen a éstos en una mejor posición que otras personas para juzgar la actuación del profesor. Precisamente ese contacto frecuente compensa con creces la supuesta falta de experiencia de los alumnos para dar un juicio confiable. Evidentemente suponemos que los alumnos son capaces de juzgar únicamente lo que es de su competencia, es decir, lo que ellos pueden observar que ocurre en el salón de clases. “Los alumnos son muy buenos para precisar si el profesor expone bien los temas, si estimula o no el interés de los alumnos y si el profesor hace explícitos los objetivos del curso. Pero los alumnos no son muy efectivos al opinar sobre otros aspectos de la enseñanza, tales como si el profesor está o no capacitado para impartir el curso, la solidez de los objetivos, o bien el mérito intrínseco del propio curso. Por lo tanto, las preguntas que se hagan a los alumnos respecto a los maestros, deben cubrir solamente aquellos aspectos de la enseñanza que el alumno sea capaz de juzgar.” (1)

b) Opinión sistemática de los profesores colegas

Se logra mediante visitas periódicas al salón de clases (dos o tres veces al semestre) por el director del departamento y un grupo de profesores, quienes posteriormente rinden un informe evaluativo. El objetivo de este método es eliminar la desventaja de ser juez y parte, tanto en el caso de la evaluación hecha por los alumnos como en la autoevaluación del profesor.

Sin embargo, hay varios factores que hacen dudoso este método de evaluación, comparado con la evaluación sistemática de los alumnos:

¿Pueden dos grupos de personas evaluar con el mismo grado de confiabilidad, cuando un grupo sólo “ve” al maestro dos o tres veces y el otro lo ve 40 veces al semestre? La evaluación hecha por los colegas muy probablemente se centrará en los “aspectos externos”, es decir, en aquellos que contribuyen al grueso del “dictado de clases”. Quizá dejarán fuera lo más importante, que es el juicio de cómo lograr el profesor su objetivo primario: el aprendizaje de sus alumnos. Por otra parte, aún no considerando lo anterior, los colegas no pueden juzgar otros elementos muy importantes, tales como disponibilidad y disposición del maestro para atender alumnos, exigencia del curso, evaluación de exámenes, información a los alumnos respecto a sus

debilidades durante el curso, justicia, etc.

Un elemento de interferencia muy importante reside en el hecho de que la actuación del maestro se ve modificada por la presencia de los “evaluadores”. En unos casos, porque el profesor se pone nervioso y no actúa con naturalidad, y en otros porque el evaluado se transforma para “apantallar” a los colegas. (Se reportan casos en que al final de una sesión de evaluación los alumnos comentan entre sí: ¿Y a éste, qué le picó hoy?)

Hay un factor adicional que dificulta este tipo de evaluación, principalmente en nuestro medio latinoamericano: ¿Qué autoridad académica tienen los colegas evaluadores y quién se las concede? ¿Es plausible que se reconozca esta autoridad? En el caso de los alumnos no hay escape: ahí están presentes en cada clase; tienen que ser espectadores, quierase o no. Además, al ser admitidos por la universidad se les ha reconocido ya cierto grado de madurez, de responsabilidad, de capacidad intelectual y de discernimiento.

c) Opinión informal de alumnos y profesores

Este tipo de opinión surge espontáneamente y se escucha en cualquier corredor de una universidad. Es de suponerse que las opiniones informales de los alumnos y de los maestros respecto a un profesor en particular no sean del todo independientes; una parte de la opinión de los alumnos proviene de otros profesores y viceversa. Las habilidades de la enseñanza no son privativas del salón de clases, por lo que en ocasiones los colegas habrán podido constatar esas habilidades demostradas en conferencias, comités, etc. Asimismo los alumnos pueden tener contacto con profesores de la universidad antes de conocerlos en el salón de clases.

Hay varios elementos que dificultan que la evaluación de colegas sea objetiva:

- Afinidad o no del campo profesional;
- Sentido de solidaridad;
- Relaciones de amistad;
- Afinidad intelectual, política o religiosa;
- Dificultad para discriminar entre capacidad intelectual y habilidad para enseñar, e
- Inclinación a mezclar en la evaluación elementos tales como antigüedad (experiencia), labor de investigación, etc.

d) Opinión de los directores

Es similar al caso de la evaluación informal descrita anteriormente. Quizá en algunas situaciones críticas (sobre todo en casos de conflicto entre un profesor y sus alumnos), los directivos tengan mayor información que los colegas, pero fundamentalmente las fuentes de información son las mismas.

e) Autoevaluación

En teoría, no hay nadie mejor que el propio profesor para evaluar su actuación: él, mejor que nadie, sabe el tiempo que dedicó al curso, su entusiasmo, su preocupación por adquirir habilidades de la enseñanza, su interés porque los alumnos aprendieran, etc. Se han hecho intentos por utilizar este método, pero sin ningún resultado. ¿Causas?. .. quizá la “condición humana” sea suficiente para explicar el por qué. “Cuando se ha utilizado este procedimiento, el resultado de la autoevaluación ha sido invariablemente superior en puntaje que el obtenido por cualquier otro método.” (2)

LA MEDICION DEL APRENDIZAJE COMO MEDIO DE EVALUAR LA ENSEÑANZA

Si suponemos que el aprendizaje es producido por la enseñanza del maestro, entonces la evaluación del aprendizaje será una medida de la efectividad del maestro. Aun si aceptamos como válida la premisa anterior (que no lo es), la medición del aprendizaje tiene grandes dificultades operativas, amén del costo. Además, no todo el aprendizaje proviene de la enseñanza, una buena parte del aprendizaje del alumno es producto de una acción personal, íntima y reflexiva. Poder separar lo que se logró por la acción del maestro de lo que se logró sin su intervención es algo punto menos que imposible. Sin embargo, si se comparase el aprendizaje de conjuntos grandes, podría suponerse que aquellos que demostraron mayor aprendizaje lo lograron precisamente por tener un mejor profesor que los indujo a aprender.

Por otra parte, para medir el aprendizaje, así como para hacer mediciones comparativas -por ejemplo entre alumnos de diferentes grupos de una misma materia-, es menester primero contar con objetivos muy precisos y que todos los grupos estén sujetos a esos mismos objetivos. Estamos tan lejos de llegar a este punto que nos parece que aunque es interesante explorar esta alternativa de la medición directa, la mayoría de las instituciones educativas no pueden por ahora realizar una evaluación de la enseñanza a base de la medición del aprendizaje.

ANTECEDENTES DE LA EVALUACION DE LOS MAESTROS. RESULTADOS DE ALGUNAS INVESTIGACIONES

La evaluación de los maestros por los alumnos no es nueva. Ya en la Universidad de Bologna, hace 500 años, los alumnos evaluaban a sus maestros. (1) Todavía recientemente en las universidades europeas los alumnos pagaban directamente al profesor al término de cada conferencia. Si no quedaban satisfechos, ya no regresaban; la evaluación era directa, natural y rigurosa.

Recientemente, sobre todo en los Estados Unidos, ha renacido la tendencia de evaluar a los maestros, auspiciada en parte por la insatisfacción por la calidad de la enseñanza. Este fenómeno ha propiciado una gran actividad de investigación de muchos aspectos relacionados con la evaluación y se ha demostrado que las opiniones de los alumnos son útiles, confiables y válidas.

En una investigación realizada por Gage (1961), el investigador encontró que en los cursos de primeros niveles los profesores reciben una evaluación inferior que en los de niveles superiores; los de materias obligatorias, menor evaluación que los de las optativas; los profesores de cursos dictados en el campus, menos evaluación que los dictados fuera del campus. Se reporta también que el tipo de materias influyó en los resultados: los profesores de cursos de humanidades, por ejemplo, obtienen mejor puntaje que los de matemáticas, "por más que los maestros de este departamento se esfuercen por mejorar su enseñanza". Hildebrand (1971) reporta, en cambio, no haber encontrado correlación significativa en aspectos como los anteriores en un estudio hecho en la Universidad de California en el campus de Davis.

Costin (1971) dice que los alumnos tienen prejuicios respecto a la habilidad de un profesor, surgidos de los grados académicos de éste, o de la ausencia de ellos. Por ejemplo, un profesor recién graduado, por ese sólo hecho, puede encontrarse en desventaja ante un doctorado. Los alumnos prejuzgan que el novato es inexperto y falto de conocimiento y aunque reciban una excelente instrucción de él, se resisten a calificarlo como excelente.

Está en duda si el conocimiento que el profesor tiene de la materia influye sobre la evaluación de los alumnos. Lo que sí es evidente es que la percepción o imagen que tienen los alumnos de cuánto sabe el profesor, es lo que importa. En un reciente experimento (1973), Naftulin, Ware y Donnally quisieron probar si en una situación en donde se habla de un tópico nuevo para los oyentes, el estilo y el carisma del expositor es más importante que sus conocimientos. Para ello entrenaron a un actor totalmente ignorante del tema para que dictara una conferencia. El total de los 55 participantes (psiquiatras, psicólogos, trabajadores sociales, educadores y administradores) calificaron favorablemente tanto la conferencia como al conferenciante.

La capacidad de comunicación parece tener influencia decisiva en la evaluación de los alumnos. Bending (1955) concluyó que para ser evaluados como excelentes, los profesores deben poseer una alta capacidad de expresión oral. Es evidente que en el método tradicional de enseñanza, que descansa fundamentalmente en la transmisión oral del conocimiento, exista una alta correlación entre la capacidad de comunicación y la evaluación de los alumnos.

En otras investigaciones se ha encontrado que el sexo o la carrera de los alumnos no guarda relación con los resultados de las encuestas (Spencer, 1955). De la misma manera no se ha encontrado diferencia significativa entre la opinión de los buenos y los malos estudiantes (Guthrie, 1954) y parece que la opinión de los alumnos y la de los exalumnos con 10 años de haber salido, coincide. (Drucker y Remmers, 1950.)

ESCOLLOS INICIALES DE UN PROGRAMA DE EVALUACION DE LA ENSEÑANZA POR LA OPINION DE LOS ALUMNOS

Dos son los problemas más frecuentes que una institución encuentra cuando inicia un programa de evaluación de maestros mediante la opinión de los alumnos: el tipo de preguntas que debe contener el cuestionario y la reacción contraria de algunos profesores.

Respecto al cuestionario, la dificultad primaria estriba en que es relativamente fácil hacer un cuestionario tan largo como se quiera, pero es menos fácil interpretar significativamente los resultados. Es algo semejante a muchos exámenes de admisión o de selección; cualquiera los puede hacer y calificar, pero está en duda el significado de las calificaciones. Respecto a lo anterior, en varias instituciones educativas de los Estados Unidos se ha trabajado mucho para depurar esos cuestionarios; éstos (que generalmente están diseñados para evaluar a los profesores en el método tradicional de dictado de clases), abarcan aspectos que se consideran relevantes para el aprendizaje de los alumnos. Las preguntas por lo general se relacionan con algunos de los elementos siguientes:

- a) Organización y contenido del curso.
- b) Relación alumno-maestro.
- c) Capacidad de comunicación del maestro.
- d) Trabajo personal de los alumnos y evaluación.
- e) Dinamismo, entusiasmo y motivación.

En el Apéndice 1 se reporta uno de los cuestionarios más utilizados en los Estados Unidos. Nótese que la pregunta 39 es integradora en cuanto a que, independientemente de las respuestas anteriores, se pide al estudiante una evaluación global, que refleje su percepción respecto a la calidad del maestro.

Los cuestionarios hasta ahora utilizados, por ser tradicionalistas en su esencia, no incluyen preguntas que bien pudieran hacerse si se modifica el enfoque de la enseñanza o bien se señalan nuevos objetivos; bástenos decir eso por ahora, ya que la discusión de este aspecto se sale del alcance de esto escrito. Puesto que toma tiempo diseñar un cuestionario que se adapte a las condiciones de cada institución (si es que existen situaciones peculiares) puede iniciarse un programa de evaluación con la sola opinión global de los alumnos. Si esta encuesta se aplica en toda la institución, los resultados darán un orden relativo entre los profesores, sujetos todos a las mismas restricciones o condiciones.

La otra dificultad mayor para tener un sistema permanente de evaluación es la actitud de algunos profesores. En cualquier situación de cambio existe siempre una resistencia o bien una franca oposición; no es raro, pues, que en un asunto tan importante como lo es la evaluación de los maestros, se encuentre resistencia, sobre todo cuando la mayoría de las universidades modernas han subsistido por años sin evaluación de los profesores. Comentaremos las objeciones más frecuentes:

- a) “En lugar de hacer encuestas entre los alumnos, se debe canalizar el esfuerzo en ayudar a mejorar a los profesores.”

El objeto de las encuestas es precisamente ayudar a los profesores a que mejoren su enseñanza. Sin embargo, esta mejoría solamente se logrará si hay una evaluación generalizada y sistematizada, con resultados significativos que sirvan de guía a los profesores para decidir las acciones que deben tomar.

- b) “No se puede evaluar la efectividad del maestro, porque no se sabe qué constituye una buena enseñanza.”

Aunque falta mucho por conocer del proceso enseñanza aprendizaje, quien ha sido alumno sabe que se puede distinguir entre un profesor bueno y uno malo. Esta objeción parece desentenderse del hecho de que la educación sólo tiene sentido si pensamos en quienes la reciben: los alumnos. Por otra parte, “el concepto de buena enseñanza, es más preciso que el de belleza, amor, moral, feminidad, normalidad, perversión, buen gusto, Dios y muchos otros”. (4)

- c) “Hay otras formas mejores de evaluar a los maestros.”

De las alternativas presentadas en este mismo escrito, la evaluación por medio de encuestas a los alumnos (siendo solamente uno de los elementos en la evaluación final del profesor), es la más usada y la más confiable. Esto es particularmente cierto en instituciones en donde la educación puede considerarse como masiva. Para el caso de instituciones pequeñas puede ser innecesario el uso sistemático de encuestas y podrá recurrirse a medios más directos.

- d) “La sistematización de las encuestas y los resultados a base de un número es otro ejemplo de la deshumanización, tan criticada hasta por los mismos alumnos.”

El uso de factores numéricos es necesario si se desea validar estadísticamente la información y si conviene conocer el orden relativo entre los profesores de la institución. Además, “es más inhumano no dar reconocimiento a los buenos profesores o perpetuar un sistema que propicia no distinguir entre los buenos y los malos maestros”. (4)

- e) “Los resultados de una evaluación van a influir en los alumnos cuando se haga la siguiente evaluación.”

Esto no se aplica si los resultados de las encuestas no se publican. Por otra parte, con o sin encuestas, los alumnos comparten entre ellos, frecuentemente en forma descarnada, la opinión que tienen de sus maestros.

- f) “La evaluación de los maestros mediante encuestas tiende a estandarizar la enseñanza, impidiéndose así el desarrollo de estilos individuales.”

Pueden identificarse muchos estilos diferentes en los buenos profesores; evidentemente que todos ellos deben poseer un mínimo de características comunes. Un profesor puede ser evaluado como excelente aún en caso de deficiencia de alguna característica importante si la compensa con alguna otra cualidad en forma sobresaliente; de la misma manera, un profesor considerado globalmente como malo puede ser excelente en alguna característica específica. Es por esto que para la evaluación global debe considerarse la pregunta que sintetiza la labor del profesor.

- g) “No son válidos los resultados de una encuesta que sólo tiene una pregunta en donde se pide la opinión global del alumno respecto al profesor.”

Hildebrand, Wilson y Dienst (12), realizaron recientemente una investigación que concluye que los resultados de la evaluación de maestros mediante una sola pregunta global son significativos y equivalentes a los obtenidos con cuestionarios más amplios.

- h) “Para poder mejorar como maestro, la encuesta de una sola pregunta global, no le dice al profesor en qué está fallando.”

Ciertamente que entre más extenso sea el cuestionario, más información tendrá el profesor para conocer sus aciertos y sus fallas. Esto no invalida el uso del cuestionario de una sola pregunta. Además de ése, cada profesor podrá escoger o diseñar el cuestionario que más convenga para el tipo de método didáctico que esté utilizando, a fin de conocer la opinión de los alumnos sobre diferentes aspectos específicos de la enseñanza, y poder, si lo requiere, planear su propio programa de mejoramiento como maestro.

- i) “Los profesores van a enseñar únicamente para salir bien en la próxima encuesta, sin importarles si los alumnos aprenden o no.”

En muchos aspectos esto es en sí ya un adelanto; si el profesor organiza mejor sus cursos, si establece con claridad los objetivos de aprendizaje, si perfecciona la evaluación de los exámenes, si cumple con el programa del curso, si es puntual y no falta, etc., evidentemente que mejorará en la próxima encuesta; pero también es muy probable que esto haga que aumente el aprendizaje de sus alumnos. Si los el contrario, lo único que hace es aprobar a más alumnos y exigir menos, es decir, ser más “barco”, es muy probable que obtenga la misma o aún una peor calificación.

- j) “No debe usarse la opinión de los alumnos para la contratación definitiva de instructores o para la selección de profesores de tiempo parcial.”

Si las condiciones contractuales y legales lo permiten, deben analizarse los casos en que la opinión de los alumnos señala al profesor novato como francamente deficiente; si no se encuentra evidencia de que se trata de una opinión sesgada o influenciada por algún factor transitorio, es aconsejable utilizar esa opinión para contemplar la sustitución del aspirante a profesor. Si bien es cierto que un profesor puede mejorar a base de entrenamiento y de ayuda especial, también es cierto que con ese mismo entrenamiento y esa misma ayuda, es decir, con el mismo esfuerzo, pueden lograrse mejores resultados con instructores que tienen “madera” de profesores. La obligación de la universidad es maximizar sus recursos para el beneficio de sus alumnos y de la sociedad.

NORMALIZACION DE LAS ENCUESTAS CONTESTADAS POR LOS ALUMNOS

Al tener los resultados de una encuesta, debe verificarse la influencia de algunos elementos tales como porcentaje de reprobados, número de alumnos en la clase, nivel del curso, campo del conocimiento, etc. Si se encuentra correlación entre estos factores y los resultados de las encuestas, deberán establecerse coeficientes de estandarización que compensen los resultados, para que puedan éstos ser instrumento útil para profesores y directores.

Los resultados de las encuestas deben ser comentados por los directores de departamento con los propios profesores a fin de conocer si hay elementos de excepción y de carácter transitorio.

Es necesario orientar a los alumnos respecto a los elementos importantes a considerar en la evaluación, elementos que según la institución deben formar parte sustancial de lo que debe ser un buen maestro; el maestro asimismo sabrá con claridad lo que se espera de él. De esa manera, con el tiempo podrán irse mejorando los resultados de las encuestas y se logrará que éstos sean cada vez en mayor grado una buena imagen de la realidad. Si no se establecen normas y criterios de evaluación, las encuestas pueden terminar en un concurso de popularidad que nada tenga que ver con la imagen institucional del buen maestro.

SINTESIS

Para asegurar la calidad académica de una institución educativa es necesario contar con un procedimiento de evaluación del proceso enseñanza-aprendizaje; esto puede lograrse evaluando la actuación del profesor en el aula. La enseñanza (aprendizaje) es la función primaria de la universidad; un adecuado sistema de evaluación permite establecer criterios y metas de mejoramiento de la enseñanza a corto y a largo plazo. El propósito de la evaluación de maestros es el mejoramiento de un nivel académico característico de la

institución; los resultados que se obtienen sirven a toda la comunidad académica, pero principalmente a los propios profesores. De las diferentes alternativas para la evaluación de profesores, la opinión formal de los alumnos es la más generalizada y aceptada, especialmente cuando se involucra a toda una institución; este procedimiento, sin embargo, puede dar lugar a oposición de algunos profesores a ser evaluados. Otro posible escollo es el tipo de cuestionario a usar; para ahorrar tiempo es válido el uso de encuestas consistentes de una sola pregunta; para detectar problemas específicos cada profesor podrá utilizar cuestionarios más amplios. Cada institución debe tratar de encontrar variables que se correlacionen con el resultado de las encuestas a fin de poder “normalizar” estos resultados.

BIBLIOGRAFIA

1. CENTRA, J. A. *The Student Instructional Report: Its development and uses*. Educational Testing Service. Princeton, New Jersey, 1973.
2. KULIK, J. A., W. J. MCKEACHIE. “The evaluation of teachers in Higher Education.” *Review of Research in Education*, Vol.
3. GAGE, N. L. “The appraisal of college teaching: An analysis of ends and means.” *Journal of Higher Education*, 1961, 32, 17-22.
4. HILDEBRAND, M. “How to recommend promotion for a mediocre teacher without actually lying”. *Experiment and Innovation*, 1971, Vol. 4, No 1.
5. COSTIN, F., GREENOUGH, W. T., y MENGES, R. J. “Student ratings of college teaching: reliability, validity, and usefulness”. *Review of Educational Research*, 1971, 41, 511-535.
6. NAFTULIN, D. H., WARE, J. E., JR., y DONNELLY, F. A. “The Doctor for lecture: A paradigm of educational seduction”. *Journal of Medical Education*, 1973, 48, 630-635.
7. BENDIC, A. W. “Ability and personality characteristics of introductory psychology instructors rated competent and empathetic by the students.” *Journal of Educational Research*, 1955, 48, 705-709.
8. BENDIG, A. W. “Student achievement in introductory psychology and student ratings of the competence and empathy of their instructors.” *Journal of Psychology*, 1953, 36, 427- 433. (b)
9. GUTHRIE, E. R. “The evaluation of teaching: A progress report.” University of Washington, Seattle, 1954.
10. GUTHRIE, W. R. “The evaluation of teaching.” *Educational Record*, 1949 30, 109-115.
11. DRUCKER, A. J., H. H. REMMERS. “Do alumni and students differ in their attitudes toward instructors?” *Purdue University Studies in Higher Education*, 1950, 70, 62-74.
12. HILDEBRAND, M., WILSON, R., y DIENST, E. *Evaluating University Teaching.* Center for Research and Development in Higher Education, 1971, 23-24.